

LA «REVISIÓN DE VIDA», LECTURA CREYENTE DE LA REALIDAD

CARLOS F. BARBERA

El ver-juzgar-actuar ha sido el gran camino pedagógico que han empleado los movimientos apostólicos especializados —que siempre se han definido como educativos— desde que Cardijn fundara la JOC en 1924.

Pero la revisión de vida ha sido vista desde el principio como «algo más que un método pedagógico: es la atención a la llamada de Dios en la vida y el medio de responder a esta llamada» (R. Guerre); «es, antes que un método, una actitud ante la vida; más específicamente... una actitud cristiana ante la vida» (B. Pelegrí); «una nueva visión de la vida» (Maréchal).

Más que instrumento, sistema, método o esquema, la revisión de vida es y supone una vida. Y por tanto, «implica la necesidad de adaptar(se)... a las exigencias de cada momento "objetivo"» (Pelegrí, 194). «Esta apertura a la realidad nos permitirá hacer una crítica de nuestros métodos pedagógicos, evitando todo dogmatismo... es una búsqueda constante... que nos permita desarrollar un estilo de vida comprometido» (MIEC, Montreal, 31).

Las afirmaciones anteriores parecen obvias pero es importante destacarlas porque corren tiempos en que lo obvio empieza a ser excepción. Ahora que florecen dentro de la Iglesia tantos movimientos cuyo último punto de referencia es la norma, la ley, cobra nuevo valor un método activo capaz de evolucionar al contacto con la palabra, la teología y los signos de los tiempos. Ciertamente, esta capacidad de evolución está en su misma entraña. Sería un contrasentido pretender ser «una nueva visión de la vida» y que a la vez esa novedad fuera quedando congelada en formas, modos y contenidos de un momento. Piénsese en que desde los primeros tiempos de Cardijn han pasado una guerra mundial, un Concilio, diversas corrientes filosóficas —existencialismo, marxismo, positivismo lógico—, teologías tan diversas como la «nouvelle théologie» francesa, la teología alemana o la teología de la liberación, el mundo de los pobres como llamada central,

los temas del pacifismo, del ecologismo, de las diversas corrientes feministas, el desafío de un futuro planetario, todo ello enmarcado en el marco de una crisis de civilización. ¿Podría la revisión de vida haber pasado incontaminada a través de una vida en tan profunda mutación? ¿No se haría acreedora al reproche de Jesús de no saber interpretar los signos de los tiempos (Mt 16, 4)?

Pero precisamente por su carácter dinámico la revisión de vida es delicada. Su riesgo es ser instrumentalizada. La misma fórmula que a veces se utiliza para designarla, acción-reflexión-acción, entraña el peligro de una concepción instrumental en que se reflexiona para poder obrar mejor y en que la acción sirve para verificar la reflexión. Pero la revisión de vida es mucho más que eso.

VER

Se trata de ver un hecho o un acontecimiento... en un ambiente... en el que hay una llamada de Dios (Guerre, 131-32).

Un ver en tres niveles: El ver exterior, la objetividad del hecho; el ver interior, su subjetividad, los sujetos que lo dinamizan, que lo hacen; el ver espiritual, el ver de Dios, el ver sacramental (Maréchal, 63-66).

Este ver, esta capacidad de «abrir los ojos, de ir adquiriendo una sensibilidad especial que haga descubrir con profundidad la riqueza de la vida» (Identidad de la JOC, 113) ha estado sometido a no pocos vaivenes. El Concilio ha tomado conciencia del dualismo en que durante siglos ha vivido el cristianismo —*terrena desplicere, amare coelestia*— y quiere restaurar el «valor propio puesto por Dios en (los bienes temporales)... que recibe una dignidad especial por su relación con la persona humana» (AS 7b). De manera que es necesario «instaurar el orden temporal» (AS 7), «iluminar y ordenar las realidades temporales» (I 31b). La Iglesia se hace eco de la consigna de transformar el mundo y no sólo interpretarlo. De modo que «(los laicos) no escondan esta espera en el interior de su alma, antes bien, manifiéstennla, incluso a través de las estructuras de la vida secular, en una constante renovación y en un forcejeo "con los dominadores de este mundo tenebroso contra los espíritus malignos"» (I 35a). Cardijn había dicho estas cosas hacía ya mucho tiempo y también la teología francesa de los años 40 (Chenu). En ese sentido la revisión de vida venía ya —por medio de su ver— descubriendo ese valor propio de los bienes temporales.

Llega sin embargo un tiempo en que la acción —sobre todo la acción política— pasa al primer plano de la escena y el peligro de la instrumentalización de la revisión de vida se agudiza. Se podría decir: aprendamos a ver solamente para poder actuar mejor. Bajo este prisma, la «sociología del sentido común» que utiliza la revisión de vida ha podido parecer a muchos insuficiente frente a otros análisis políticos y sociales más científicos.

Será más tarde la teología quien, interpretando capas de sentimiento muy extendidas, pondrá de relieve lo «gratuito» (G. Ruiz), «la alegría y el juego» (Moltmann), «la fiesta y la locura» (Cox), es decir, el aspecto más libre y desinteresado de la realidad. Para resumirlo en una sola palabra, lo contemplativo. Este ángulo contemplativo no se opone a la acción. Hay que tener en cuenta que el ver ha de dirigirse en la revisión de vida a la acción y finalmente ha desembocar en ella. Una contemplación absolutamente desinteresada de la acción difícilmente podría excusarse de la acusación de evasiva. Es que la lectura que hace el ver se hace desde la fe. Y por aquí encuentra su lugar la *lectura creyente de la realidad*.

La lectura creyente de la realidad ha ido tomando cuerpo en la revisión de vida. ¿De qué se trata? Se trata de «vivir la existencia como una gran parábola de Dios», de «descubrir que en los hechos de vida se va realizando la novedad de la pascua de Jesús», de «descubrir como evangelizadores los signos que se presentan anónimos», de «ver que la realidad es sacramental, está cargada de significado eficaz». Así se puede calificar la revisión de vida como oración y escuela de espiritualidad (Pelegrí, 201). «Se trata de la superación de la vieja discusión entre la vida contemplativa y la vida activa, por la síntesis perfecta: Entrega total y continuada a los demás empapada en actitud de oración que a veces se convierte en momentos "gratuitos" de "desierto"... encuentro comunitario con Jesús que nos prometió estar con nosotros cuando nos reuniéramos en su nombre... Es un momento de "gratuidad" pero como "añadidura" nos servirá para destruir los "ídolos" que constantemente intentan tomar el lugar de Dios en nuestra existencia» (ibid. 202).

Dice Le Du hablando de la oración, que ésta tiene que nacer de un deseo que sube hasta la palabra. Desde el desierto de deseos, ¿qué nos diría esa palabra? De modo semejante, para asomarnos a la realidad necesitamos partir de nuestros deseos y para un creyente éstos tienen «como horizonte último y definitivo la praxis de Jesús de Nazaret» (T. Suaui, 6).

Esta contemplación en la acción es posible sobre todo desde que a partir del concilio se ha esclarecido el sentido de la historia como única historia de salvación. Si la salvación transcurriese en una especie de «metahistoria» la contemplación habría de ser necesariamente evasiva. Pero si la realidad tiene ya las «primicias del Espíritu», si «con dolores de parto» espera la «manifestación de los hijos de Dios», la contemplación será una entrada en la entraña de la realidad misma y nuestra acción será la partera de esa salvación escondida pero presente y actuante. Pero de esto y de la influencia de la teología de la liberación hablaremos más tarde. Baste aquí recalcar que con todo ello la revisión de vida deja de ser un nuevo instrumento para hacer algo —aunque sea para hacerlo mejor— para tener valor por sí misma, como tiempo de presencia de Dios, de encuentro y contemplación, de acción de gracias.

JUZGAR

Es acaso el elemento de la revisión de vida que más dificultades ha producido a la hora de aplicarlo. ¿Se trata de juzgar situaciones, de juzgar actitudes, de un juicio sobre personas?

«El juicio es un diálogo con tres personas o grupos de personas:

- a) con aquél o aquéllos complicados en el hecho;
- 2) con Cristo y con su Iglesia;
- 3) con el mismo militante o con el quipo apostólico» (Guerre, 135).

De manera parecida Maréchal hace recaer el juicio «sobre nuestras actitudes y sentimientos espontáneos», sobre «los valores divinos y humanos del acontecimiento», «sobre nosotros mismos» (123-25).

Esta pluridimensionalidad del juzgar ha elevado a acentuar uno u otro de los elementos según las circunstancias. En momentos de fermentación política y social se ha tendido a poner el acento en el juicio de los acontecimientos. El peligro era entonces el hacer un juicio meramente político que acababa perdiendo el terreno ante otros juicios basados en análisis más «científicos». No raramente la fe acababa por no juzgar un papel real.

En este momento se tiende a destacar dos funciones esenciales en el paso del juzgar:

- «es un espacio privilegiado para la contemplación. Es el momento de contemplar a Dios actuante en nuestra historia concreta: tratar de interpretar los signos de los tiempos... descubrir el dinamismo pascual de nuestra existencia, descubriendo en ella los gérmenes de muerte y resurrección»;
- es también «el momento de la conversión al Señor... no se trata de "juzgar" a los demás sino de dejarnos juzgar por el evangelio» (Pelegrí, 199).

Se ve, pues, que el juzgar va más allá de la dimensión política y de la dimensión operativa —aunque incluya a ambas— y sobre todo más allá de una catalogación de las realidades en buenas y malas, para ponerse en una línea de profundización del ver: el ver en profundidad lleva implícito un juicio que intenta hacer justicia a la realidad y a la fe. «El hombre de espíritu puede dar un juicio sobre todas las cosas» (1 Cor 2, 15).

Por este camino se ha llegado a tener claro que el sujeto principal sobre el que ha de recaer el juicio somos «nosotros mismos, los que hacemos la revisión de vida». «La revisión de vida es una autocrítica que surge porque estamos inmersos en una tarea de construcción del mundo y tenemos que ver cuál es nuestro papel» (Cursillo de revisión de vida policopiado).

En esta labor de discernimiento que hace la revisión de vida nos vamos confrontando con un Jesús que nos llega a través de la trama de los acon-

tecimientos y de las relaciones interpersonales. «El acontecimiento será nuestro maestro espiritual», decía Mounier.

Naturalmente, nuestra conciencia de personas y de militantes está determinado por el lugar social desde el que hablamos. La influencia de los «maestros de la sospecha» y en especial del marxismo ha dejado aquí su huella. Crecen hoy grupos en la Iglesia que han olvidado este discernimiento del lugar social desde el que se habla y creen con eso haber purificado la fe. Nunca se denunciará con la suficiente energía el engaño —hay que creer que no interesado— de tal postura. Si no lo hacemos nosotros, otros se encargarán de desvelar los «intereses» que determinan nuestro conocimiento supuestamente neutro o atemporal.

La revisión de vida ha querido ir clarificando cuál es el lugar social desde el que hace el juicio. En otros tiempos se corrió el peligro de usar el evangelio de una forma muy mecánica (*) aunque esta simplificación estaba más en la práctica que en la teoría. Poco a poco se ha ido perfilando y viendo más claro que el juicio no se basa solamente en textos evangélicos sino en la práctica global de Jesús, en la acción del Espíritu en la comunidad y también en los signos de los tiempos. «La reflexión trata de comprender, a través de la experiencia del militante y de su conciencia del mundo, cómo Dios se revela en la realidad. Permite reinscribir nuestra acción en la continuidad de los creyentes de todos los tiempos que entregaron su vida por la liberación y en especial de los santos de la Biblia y de toda la historia de la Iglesia en cuyo centro está el testimonio de Jesucristo. Esta reflexión debe estar basada en una disponibilidad profunda y generosa al llamado de Dios en la Biblia a través del Espíritu y en una meditación constante de la Biblia» (JECI, Valladolid, 142).

En esta reflexión se ha ido perfilando uno de los lugares centrales: «La JEC insiste en la necesidad de optar por los pobres, los explotados y oprimidos y de participar seriamente y con todas sus fuerzas en su liberación, solidariamente con todos aquéllos que están comprometidos en el mismo camino» (ibid. 141). «Desde aquí comprende la JEC su opción por los pobres. Por ser éstos los principales protagonistas de la liberación, son el punto de partida y el punto de llegada de nuestra práctica estudiantil. Jesús los privilegió como portadores de la esperanza del reino (Lc 4, 21)» (ibid. 147).

Queda perfectamente claro cuál es el lugar social de la revisión de vida: es el lugar social del pobre. Así se dice en la sesión de 1983 en Montreal: «Nuestro proceso de búsqueda y encuentro con el Señor de la Historia se da en este camino principal: el compromiso por los pobres concretos de

(*) La JIC editó un cuaderno en el que tras los epígrafes, ordenados por orden alfabético que cubrían los aspectos de la vida del militante y del cristiano, venían los textos correspondientes del Nuevo Testamento. Muchos militantes han usado de un modo mecánico ese «diccionario» en sus revisiones de vida.

la tierra, en las condiciones y características particulares de nuestras sociedades» (179). E igualmente en otros movimientos: «El hombre oprimido, alienado, que grita justicia y liberación y que nos exige entrega, sacrificio, solidaridad» (JOC: La revisión de vida ¿...?).

Esta toma de postura tan neta significa sin duda un avance cualitativo realizado en seguimiento del Concilio («la Iglesia reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente...», I, 8c) y de Medellín y Puebla que establecen, como la teología de la liberación, a los pobres como lugar teológico.

ACTUAR

Toda revisión de vida lleva a un actuar. Es una afirmación obvia. No lo es tanto, sin embargo, la forma de este actuar.

Si se leen con detenimiento las páginas que dedica al tema la obra clásica de Maréchal, se echará de ver que el espíritu que las recorre puede resumirse precisamente en la frase que las clausura: «El reino de los cielos está dentro de vosotros». Así pues, «la acción apostólica es interior», de forma que si «usa los medios necesarios para encarnar, llevar y hacer resplandeciente su espíritu... no constituyen principalmente (la acción apostólica)» (310). «Sea cual sea el volumen obligado de su acción exterior, la actuación evangélica tenderá a hacerse interior. De por sí, interioriza» (297). «Acción y compromiso han hecho entrar al militante cristiano en la colectividad temporal. Hablamos de comunidades y hasta cierto punto las realizamos, a veces con cierto éxito... La comunidad auténtica es interior porque es fruto del Amor, es decir, del Espíritu dado por medio de Jesucristo» (280-81). No es seguro que hoy suscribiéramos sin matizarlas tales afirmaciones. Dejando aparte ahora ese dualismo entre lo exterior y lo interior, habría que rechazar esa relativización de los medios, de la acción en este caso. Si se relativizan excesivamente los medios se correrá el peligro de usarlos sin crítica alguna. Si se relativizan en exceso se habrá desvalorizado lo temporal, simple trámite para lo espiritual. Y sobre todo se tenderá a constituir reservas de «interioridad» como única realidad verdadera.

El Concilio —y la reflexión teológica que le ha acompañado— han puesto suficientemente en claro que la historia de la salvación es coextensiva con la historia profana. No hay sino una única historia y en ella se realiza la historia de la salvación. «El Verbo redentor y el Verbo creador no son más que un único Verbo», así lo había formulado Daniélou. Y también Mounier: «No hemos de llevar lo espiritual a lo temporal: está allí, ya, y nuestra misión consiste en descubrirlo y en darle vida, propiamente en comulgarlo. Lo temporal entero es el sacramento del Reino de Dios». Esto que se escribía en los años cincuenta venía a confirmarlo el Concilio, que repetía casi literalmente a Daniélou (IM 41b) y que se refería al «mun-

do y a la historia, en la que Dios, por medio de la misión, perfecciona abiertamente la historia de la salvación» (M 9b).

Los medios no se relativizan, como en las formulaciones de Maréchal. Es que se convierten en signos. En cuanto tales signos son sin duda relativos porque no son aún la realidad a la que aluden. Pero a la vez esa realidad ya está ahí presente: es la dimensión sacramental de la realidad, como formulaba certeramente Mounier.

Por esta razón la misión del cristiano es el testimonio, es decir, el señalar la salvación en la historia de los hombres. De ahí la formulación actual de que el actuar de la revisión de vida pretende «asegurar la calidad de los testigos». Lo que quiere decir: capaces de actuar en el mundo del hombre («del hombre todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad», GS, 3) y capaces de mostrar las raíces últimas de su actuación. Sin olvidar, como también Mounier repetía, la dimensión contemplativa de la acción, su dimensión generadora de humanidad, su dimensión personalizante para el propio testigo. Sin olvidar todo esto —sino al contrario, teniéndolo bien presente— hay que insistir en que la acción ha de hacerse en la historia profana.

«La JEC insiste en la necesidad... de participar seriamente y con todas sus fuerzas en la liberación, solidariamente con todos aquéllos que estén comprometidos en el mismo camino» (JEC, Valladolid, 141). «Busca a través de la praxis político-crítica de sus militantes inscribirse y asumir las luchas históricas de liberación de nuestros pueblos» (ibid. 146). Pero téngase en cuenta que «la JEC se compromete a desarrollar una reflexión teológica a partir de la práctica liberadora, referida a la cruz y a la esperanza radical de liberación, hecha posible por la esperanza de Jesucristo. De ahí surge una nueva espiritualidad para los militantes y para la comunidad» (ibid. 150). Se ve, pues, que no se trata primordialmente de una acción política sino evangelizadora.

«Constantamos la necesidad de revitalizar el sentido y los medios de la evangelización, entendida como proclamación de la Buena Nueva inseparable de la práctica de la justicia» (MIEC, Montréal, 178). «El objetivo último y prioritario es la construcción y acogida del Reino de Dios, que pasa por la participación en el proceso liberador de la humanidad» (Identidad de la JOC, 76). Ello se concreta en: la liberación del pueblo; conseguir un cambio total, una nueva organización y funcionamiento de las estructuras sociales; vivir, individual y colectivamente, un nuevo tipo de valores, un cambio en la mentalidad; descubrir en medio de las personas, de la vida, del cambio y del compromiso, el Reino de Dios que va haciéndose presente (ibid.).

Señalar todo esto es casi una obviedad. Y sin embargo ya en el documento de Valladolid se dice lo siguiente: «Critizamos las posiciones presentes en sectores de la Iglesia:

- las que niegan el lazo necesario entre fe e historia y reducen la fe a la privacidad o a lo puramente espiritualista;
- también las que consideran que solamente existe una forma de relación válida entre fe e historia y postulan posiciones integralistas de "nueva cristiandad"» (178).

Ciertamente asistimos hoy en muchos sectores de Iglesia a un fenómeno curioso y preocupante. Durante años, los teólogos desde su reflexión y los movimientos a partir sobre todo de su experiencia de acción han ido poniendo cada vez más en claro las relaciones entre el acontecer histórico y el mensaje salvador de Jesús, entre la salvación cristiana y las ofertas de liberación procedentes de otras cosmovisiones, entre la utopía y las condiciones del presente. Por este camino se ha podido establecer lo contemplativo en la acción misma y la vertiente activa y transformadora de la contemplación. Se ha podido afrontar la sospecha sobre nuestros juicios y comportamiento para purificarlos lo más posible de adherencias ideológicas. Se ha establecido a la vez la necesidad de la tolerancia y de la colaboración no como actitudes aceptadas resignadamente sino como exigencia de un mundo y una historia única y en los que crecen juntos el trigo y la cizaña. Se ha articulado para las necesidades del presente la vieja consigna del Señor de ser cándidos como palomas —para poder confiar en el Espíritu que tenemos «en primicias»— y a la vez astutos como serpientes —que nos libre de la falsa ingenuidad del que, como Kant nos advertía, no se atreve a pensar.

Todo este esfuerzo de pensamiento y de vida, en el que se inscriben los mejores nombres de la teología y las luchas más nobles de tantos seculares, pasa hoy por un oscurecimiento. Por razones que no vamos a analizar aquí, proliferan los grupos de Iglesia que hacen una lectura fundamentalista de la Biblia, que se acogen a la letra de la norma sin matiz alguno, que confunden la acción en el mundo con las celebraciones del culto, que vuelven a la intolerancia y no saben actuar sin agresividad, queriendo que caiga fuego sobre los «enemigos», que conocen solamente acciones de atención personal olvidando la transformación de las estructuras, que ponen todo su empeño en ir construyendo reductos «católicos».

En este contexto toma una importancia renovada la revisión de vida. No como una receta que hay que ir comunicando a todo el que la pida. La revisión de vida exige unos presupuestos, una actitud y una acción. Pero quienes sienten la urgencia del momento y la urgencia de su fe «reconocen que este proceso de relación dialéctica entre praxis liberadora y experiencia de fe encuentra su expresión privilegiada en la revisión de vida. La JEC la afirma como momento de testimonio, reflexión, oración y celebración... La revisión de vida permite la síntesis de las dimensiones del militante cristiano. Ayuda a realizar un proceso de reflexión y comprensión de nuestra fe en el interior de nuestra práctica. Este proceso permite progresivamente

una adhesión cada vez más profunda al proyecto liberador del Señor... La revisión de vida se vive como un momento de testimonio mutuo, de reflexión crítica de nuestra práctica. A su vez es un lugar de oración militante que parte de las luchas de liberación de los hombres, de nuestra praxis, para la celebración de esta vida, de estos sufrimientos, de estas injusticias, de estas luchas, de estas esperanzas, en comunidad» (JECI, Valladolid, 152).

Si hubiera que resumir cuáles son los aspectos en los que durante los últimos años se ha ido profundizando en el proceso del ver-juzgar y actuar, habría que decir que corresponden a los dos magnos interrogantes que se van planteando los hombres más sensibles: Cómo ser hombres interiores sin huir de los desafíos de este mundo; cómo actuar sin perderse en la acción. Es lo que el prior de Taizé resumía con dos palabras en el título de uno de sus libros: lucha y contemplación. «La religión de Cristo es a la vez trascendente y encarnada. Trascendente, y por eso estará siempre en tensión y en lucha con el mundo. Pero encarnada, y por eso deberá siempre buscar su escurridiza intimidad con el mundo». Así escribía Mounier en 1946. Parece que hoy muchos se decantan por la lucha —o la huida— y a eso le llaman trascendencia. La revisión de vida ha querido ser siempre el lugar de vivencia —no siempre fácil— de esa tensión, que «conduzca a un estilo de vida caracterizado por una contemplación activa y una acción contemplativa, una manera de vivir en relación al hombre, la naturaleza, la sociedad, la historia y Dios» (ibid. 142).

Los libros y documentos a los que se hace referencia en este trabajo —con indicación de la página— son los siguientes:

- José Cardijn: *La hora de la clase obrera*, 3 ed. (Edit. Difusión. Argentina 1948).
- René Guerre: *La JOC: su vida y su acción* (Nova Terra, Barcelona 1964).
- Albert Maréchal: *La revisión de vida* (Nova Terra, Barcelona 1960).
- Buenaventura Pelegrí: *JECI, MIEC, su opción, su pedagogía* (Perú 1972).
- Secretariado General de la JOC: *Identidad de la JOC* (Madrid 1983).
- Teodor Suau: *Lectura creyente de la realidad* (Publicaciones JEC).
- Comentarios al Esquema XIII: *Cuadernos para el Diálogo* (Madrid 1966).
- Informe del Consejo Mundial de la JECI (Valladolid 1978). Policopiado.
- *Los estudiantes en solidaridad con el pueblo hacia una Iglesia de los pobres*. 30 Asamblea Interfederal MIEC Pax Romana (Montreal 1983). Policopiado.